

Fotografías que se vuelven portadas

Brevísima historia de un retrato

EDGAR A. G. ENCINA

Carlos Ruiz Zafón murió el viernes 19 de junio de 2020. A esa fecha le conocía por un par de artículos y reportajes, me parece que de *La Vanguardia* o *Abc*, pero no le había leído. Con la noticia de su deceso un grupo de amigos, mientras comentábamos la noticia, tuvimos la genial idea de comprar su tetralogía *La sombra del viento*. Magú, que había vivido en Barcelona por unos cinco años, fue la que tomó el mando; se aseguró de comprar el compendio que va en una caja conmemorativa y de hacernos saber la cantidad a desembolsar por cada uno de nosotros. De los cinco participantes ella era la que tenía mejores antecedentes porque aseguró haberle leído y, vale decir, profesar una notada nostalgia por la ciudad Condal.

Sabía que el personaje había fallecido próximo a cumplir 56 años, que era prolífico escritor galardonado y vivió la última etapa de su vida en los Ángeles desde donde escribía sobre su ciudad de origen. Eso y que en Cataluña le tenían gran afecto o que en el Ateneu Barcelonès le tenían como el santo *novi* de la literatura. Nada, pues, que no le conocía ni por encima. Jamás estuvo en mi radar, aunque sí había leído algo de sus coetáneos como *Tres vidas de santos* y *El secreto de la modelo extraviada* de Eduardo Mendoza (Seix Barral, 2009; Booket, 2014), *Mil violines y otras crónicas sobre pop y humanos* de Kiko Amal (Reservoir Books, 2011) y *Luciérnagas* de Ana María Matute (Austral, 2011), entre otros.

Cuando llegó el «estuche» con los cuatro libros Magú nos convocó al departamento en el que entonces vivía. Fui el último en presentarse. En esa pequeñísima sala me esperaban cuatro personas y dos botellas de vino blanco menos. Reían a carcajadas mientras se pasaban «el paquete» de mano en mano. Hora y media después nadie levantó la mano por alguno de esos libros de abundante escritura. Todos se fueron voluntariamente con las manos vacías, pero yo seguía dudando. Magú aceleró mi indecisión: «Llévate uno y me lo devuelves. El estuche se queda conmigo», dijo tajante.

Tomé *El laberinto de los espíritus* (Planeta, 2016). Semanas después lo repuse algo desencantado. Opté por ese título porque era el cierre de la famosa tetralogía y, sobre todo, por la fotografía en la portada que me enganchó a primera vista. En la imagen un niño está pegado como calcomanía a la vidriera de una librería, se puede sospechar que sus labios se mueven mientras lee los títulos que tiene al frente. Hice una rápida conexión y pensé que podía asomarse a lo que había hecho Jorge Carrión en *Librerías* (Anagrama, 2013). Tremenda decepción. Aquella novela no era

para mí. Al final, la única que leyó la colección entera ha sido Magú. Pienso que lo hizo porque cree que en algún momento alguno de los implicados le pediremos cuentas y ella dará cuentas.

La fotografía del niño pegado con nariz y manos a la vidriera de la librería Farola de la calle Ferrán, deletreando los títulos de los libros que tienen enfrente, fue tomada por Gabriel Casas en ocasión del *Día del libro* de Barcelona y publicada por el diario republicano *L'Opinió* en 1932. El original de tonos ocres retocados en sus ediciones modernas forma parte de la Arxiu Nacional de Catalunya en Museu Nacional D'Art de Catalunya y se volvió famosa por ejemplificar la técnica de la escuela alemana «New Vision», que proponía el cambio direccional a «encuadres sorprendentes, planos picados y contrapicados, contrastes de luz y formas», afirma el catálogo *Gabriel Casas. Fotografía, información y modernidad, 1929-1939* (ANC, 2015).

La placa me recuerda al inicio de *Auto de fe* de Elías Caneti (Muchnik, 1983) en la que a Kien, sinólogo con la biblioteca privada más importante de la ciudad, un niño en edad primaria se le interpone abruptamente frente a la vidriera de una librería.

El chiquillo miraba fijamente los títulos de los libros y movía los labios con lentitud y en voz baja. Sus ojos se iban deslizando de tomo en tomo, sin parar. Cada dos minutos lanzaba una mirada por encima de su hombro. En la acera de enfrente colgaba el gran reloj de una relojería. Eran las ocho menos veinte. A todas luces, el pequeño temía olvidar algo importante. No reparó en el señor que tenía detrás. Tal vez hiciera prácticas de lectura o memorizaba los títulos, a los que dedicaba idéntica atención. Se notaba perfectamente cuáles retenían su mirada (13).

En ambas novelas, *El laberinto de los espíritus* y *Auto de fe*, el retrato de la infancia cercana a los libros y lectores adultos es el indicio fundacional sin el cual el hilo se rompería. La fotografía desvela una época en que obsequiar libros formaba parte de los indicativos más elevados para una sociedad moderna y muestra la preocupación infantil por los intereses del otro. Fundamento y estreches, la infancia ayuda a formar el universo sobre el que agitaremos nuestras tormentas y en el que, como en tu caso, se encuentra paz. Me pregunto qué habría en el retrato de aquellos amigos que temieron una lectura de más de cuatrocientas páginas; sé que en el mío habría también músicos y jolgorio.